

— Nadá más tenía que preguntaros, sobrina mía. Sé ahora todo lo que deseaba saber...

Y salió.

Apenas se había cerrado la puerta detrás de ella, cuando Petrus lanzó un grito, y sacando del pecho un puñalito turco que habitualmente llevaba consigo :

— ¡ Ah ! dijo, ¡ y este retrato que yo hacía con tanto gusto y tanto amor, era para él, para el conde de Rappt, para ese infame ! ¡ no será, no ! ¡ Puedo yo ser víctima de su felicidad, pero no seré su cómplice !

Y hundiendo el puñal en el lienzo, lo desgarró de arriba abajo.

Oyó Regina el chasquido del lienzo, y al oírlo sintió la misma conmoción que si el puñal la hubiera herido á ella en vez de herir al retrato, y al herirla le hubiera cortado la gran arteria del corazón.

Y sin embargo, palideciendo hasta un punto que se hubiera creído imposible ; echando atrás la cabeza, como si sus últimas fuerzas, y hasta la de la voluntad, la hubiesen abandonado, la tuvo aun para alargar la mano al joven, y le dijo :

— Gracias, Petrus, así quería yo ser amada.

Precipitóse Petrus sobre aquella mano, la besó con furor, y se lanzó fuera del salón gritando :

— Adiós para siempre.

Respondióle un gemido ; Regina acababa de desmayarse.

Y ahora dejemos á la señorita Regina de Lamothe-Houdon y Petrus Herbel en su amorosa desesperación, y vamos de un solo salto á Viena, á ver lo que allí pasaba en la tarde del martes de Carnaval de 1827.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO.

REPRESENTACIÓN Á BENEFICIO DE LA SEÑORITA ROSA ENGEL,
PRIMERA BAILARINA DEL TEATRO DE LA PUERTA-CARINTHIA
EN VIENA.

El martes de Carnaval del año 1827, á eso de las seis de la noche, presentaba un aspecto desacostumbrado la ciudad de Viena.

Un extranjero, viendo la multitud que se estrechaba en las calles, se hubiera visto apurado para decir con qué fin la población se echaba á la calle tan precipitadamente, de Stubenthor, de Leopoldstadt, de Schottenhor y de Mariaulf, en una palabra, de todos los barrios de la ciudad, y convergia, por decirlo así, de los cuatro puntos cardinales, en un solo centro que parecía ser la plaza del palacio.

Y sin embargo, no se dirigía aquella multitud hacia el palacio ; y si mil equipajes con armas de todas las grandes casas de Alemania se estacionaban en las calles cercanas á aquel mismo palacio, no era ni por un nacimiento, ni por una muerte, ni por un duelo, ni por una derrota, ni por una victoria por lo que la ciudad estaba en conmoción.

No : toda aquella multitud iba simplemente al teatro Imperial, donde la célebre bailarina Rosa Engel daba una representación extraordinaria á su beneficio, porque el teatro de la Puerta-Carinthia estaba en reparación.

Y en verdad, la reputación europea de belleza, de virtud y de talento de la célebre bailarina, justificaba el empeño de la población de Viena, tanto más, cuanto que se decía vagamente, que aquella representación era la última que daría en la capital de Austria, atendido á que se disponía á partir para la Rusia, que desde aquella época comenzaba á robarnos nuestros mejores artistas.

Algunos hasta sostenían que se retiraba seria y definitivamente del teatro, tan seriamente, como que estaba á punto de casarse con un príncipe.

Otros, en fin, pero preciso es decir que eran los menos, afirmaban que iba á entrar en un convento.

Había, pues, mil razones que explicaban el empeño de aquella multitud ; y la prueba es, que corría al paso con que se va á ver un espectáculo que no se volverá á ver nunca.

Sin embargo, corría en vano. Hacía ya ocho días que estaban tomadas todas las localidades, y si hubiera contenido treinta mil personas más, lo mismo se hubieran vendido todas. El engaño fué, pues, grande para los que habían venido lujosamente vestidos, y sin haber comido de Heidling, de Meitzing, de Baumgarten, de Brigitten, de Stadthau y de todas partes en cinco leguas á la redonda, y encontraron prohibida la entrada para los que no tenían tomada localidad de antemano.

Un hurra de despecho, de indignación y de cólera partió de la plaza de la Parada, y resonó hasta en el Prater, cuando se esparció la noticia de que el salón estaba com-

pletamente tomado ; y ninguno dudaba que la multitud furiosa se entregase á una ruidosa repesalia, si los trenes del emperador y de la corte no hubieran venido á detenerse, como un dique, delante del teatro y á hacer que aquella marea volviese á entrar en su lecho.

La multitud (hablamos de la multitud austriaca sobre todo), la multitud que nunca tiene rencor, pero que siempre necesita gritar, se indemnizó de las maldiciones que le impedía lanzar la presencia de la familia imperial con los gritos de « ¡ Viva el emperador ! » y como Ruy-Blas, de pintoresca y poética memoria, se contentó por todo espectáculo, con mirar bajar de los carruajes, en pos de S. M. I., todas las princesas, duquesas, archiduquesas y condesas de la corte.

Aun cuando este espectáculo sea sin duda muy interesante, preferimos ir á aguardar la llegada de los ilustres personajes, que son objeto de él, cómodamente sentados en una butaca del teatro, donde nuestro título de autor dramático nos da derecho á entrar libremente, y á cuya puerta, una inmensa bandeja de plata recibe las ofrendas destinadas á la beneficiada por el público escogido.

El salón del teatro Imperial de Viena es medianamente elegante en los tiempos ordinarios ; pero adornado como estaba aquella noche, presentaba un aspecto verdaderamente mágico. Al verle en conjunto se diría que era el interior de un palacio árabe, donde hacían visos, brillaban, cantaban, respiraban los diamantes, las perlas, las blondas, las mujeres y las flores : á cualquier lado que se volbiesen los ojos, no se veían más que blancos rostros y frescos hombros, en medio de los que no hacía mancha, ni el rostro lúgubre ni el traje sombrío del hombre ; eran masas de flores que se desplegaban, sin que por ningún punto pene-

trase el tronco negro del árbol, y parecía que alguna divinidad reproductora se hubiese encargado de reunir allí todo cuanto hermoso había en el viejo mundo, para con ello componer uno nuevo.

En el palco imperial, colocado en el proscenio de la derecha, y formado de tres palcos, que se separan ó se confunden á voluntad, estaban en primer lugar diez mujeres, todas jóvenes, todas bellas, todas rubias, todas vestidas uniformemente, con trajes de blondas, el pecho y la cabeza cubiertos de flores, entre las que centelleaban los diamantes como gotas de rocío; diez mujeres, ó más bien diez jóvenes, porque la de más edad no tenía veinticinco años; diez jóvenes que se las hubiera tomado por diez hermanas; tan parecidas eran en gracias, en juventud, en belleza; tanto figuraban los diez primeros días del mes de Mayo.

Enfrente del palco imperial, es decir, en el proscenio de la izquierda, como en un segundo canastillo, destinado á hacer contrapeso al primero, estaban las siete flores frescamente producidas por la nueva rama de Baviera, las princesas Josefina, Eugenia, Amelia, Isabel, Federica, Luisa y María.

Los palcos contiguos al imperial de Austria y al real de Baviera parecían una floresta heráldica, donde se entrecruzaban las ramas genealógicas de los árboles de príncipes de todas las Hesses: Hesse-Darmstadt, Hesse-Hombourg, Hesse-Rhinfeldt, Hesse-Rothembourg, Hesse-Cassel, Hesse-Cresseberg, Hesse-Philipstal, Hesse-Bachfeldt; las princesas de Nidda, de Hohenlohe Wilhelmina, de Baden, y las pequeñas princesas Berta y Amelia, imperceptibles botones de aquel rico ramillete de flores.

Después, venían los palcos de las casas de Wittemberg, de Stuttgart, de Neustadt, de Montbeliard, de Sajonia, de

Brandeburgo, de Baden, de Brunswick, de Mecklemburgo, de Schweren, de Anhalt, las princesas Mariana y Enrique-ta, y la pequeña princesa Teresa, de la rama real de Nassau.

Pero lo que llamaba particularmente la atención de los espectadores no era, ni el palco imperial de Austria, ni el palco real de Baviera, ni todos los demás palcos que desplegaban por encima del parterre el blasón vivo de Alemania, ni las coronas de diamantes que enviaban sus rayos, ni las coronas de flores que enviaban sus perfumes, ni los esmaltados labios de carmín que enviaban sus sonrisas; no.

Lo que atraía todas las miradas, lo que excitaba un sentimiento de admiración, casi de entusiasmo; lo que por último, como hemos dicho hace un momento, daba á aquel salón el aspecto de un palacio de Oriente, y hubiera podido hacer creer en un sueño de *Las mil y una noches*, eran los extraños y hermosos personajes que ocupaban el palco de enfrente, habitualmente destinado á los ayudantes de campo del emperador, y correspondiente al que entre nosotros cae al medio de la galería.

Que se imagine, en efecto, el abanico en la mano, vestido de cachemir blanco, tejido de perlas y oro, envuelto el cuello en una banda de gasa, donde centelleaban espléndidas pedrerías, como centellean las estrellas á través de una nube; cubierta la cabeza con un turbante de brocado, de donde se escaparan las plumas de esmeralda de un pavo real, fijas encima de la frente por un diamante, grueso como un huevo de paloma; imagínese un bello indio, de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, con bigotes y barba perfectamente negros, que por el orgullo de sus ojos se le hubiera tomado por uno de esos bajás independientes de Baghilkund ó de Bundelkund, y por

la riqueza de sus vestidos, por el genio de las minas de diamantes de Panna.

En torno de él (puesto que estamos enfrente de un cuadro de Delhy ó Lahore, que se nos permita emplear una comparación india), en torno de él, decimos, como estrellas en torno de la luna, cuatro jóvenes de negros párpados, mejillas azafranadas, ojos brillantes bajo la luz de las mil bujías del salón, como en medio de las tinieblas los ojos de los animales nocturnos; cuatro jóvenes indias, de las que la mayor no tenía quince años, envueltas en gasa, y vestidas con túnicas de cachemir blanco de Boukara.

Detrás del Radjah (este era el título que se le daba al extranjero) seis jóvenes indios vestidos con trajes de seda bordados de verde, azul y naranja, con todos esos colores brillantes y esos vivos matices por el sol mismo que parece haber empapado su pincel en aquella gigantesca paleta de la India ó Veroneso.

En fin, en el fondo de aquel inmenso palco, en una especie de salón de servicio, estaban en pie inmóviles ocho criados de grandes barbas y largos trajes de percal blanco y turbante de oro y escarlata.

Uno de ellos, que ocupaba cerca del Radjah el empleo de heraldo Tchouparassi, llamado así por su ancha banda roja que llevaba de el hombro derecho al costado izquierdo, y del que pendía una gran placa de oro, donde estaban trazados en lengua persa los nombres, títulos y cualidades del señor.

Los otros eran *Harkaras* de Delhy, un *Tamoul* de Madrás y un *Pundit* de Benarés, títulos que corresponden entre nosotros á los de chambelán y genizaros.

En medio de aquel salón, donde la blancura de las

blondas y de los trajes irradiaba á las luces, como la nieve al sol; aquel palco indio, brillante, coloreado parecía un verdoso oasis sobre uno de los nevados llanos del Himalaya, y al cerrar bajo los rayos que proyectaban sus ojos deslumbrados, veían los espectadores en su imaginación desarrollarse delante de sí, como un panorama, todas las ciudades de la India, cuyo sólo nombre murmurado á nuestros oídos, nos hace el efecto de un cuento ó de una canción: Sazaram, Benarés, Mirzapour, Kallinger, Kalpi, Agra, Bendrabund, Mutrah Delhy, Lahore, Cachemiré.

Veíanse desfilir los palacios, los sepulcros, las pagodas, las mezquitas, los kioskos, las cascadas, todas las hechicerías de la antigua arquitectura india.

Percibíanse los perfumes de los fresales y albaricoques salvajes, bocanadas odoríferas de ramas de cedro, quemadas por los montañeses, sobre las pendientes de Djavahir.

Y de las nevadas cimas de las cumbres vaporosas de aquel ensueño, se veían lucir los verdes céspedes de los valles tibetanos, donde dicen los poetas que jamás ha llovido.

Se olvidaba, en fin, el lugar en que se estaba, la hora, el teatro, el emperador, la ciudad, la Europa, y se sentía uno presto á abrir las alas y á volar hacia las tierras bendecidas, de donde venían aquellas espléndidas visiones.

En medio de aquella ciudad de la India en miniatura, en la primera fila de aquel palco, á la derecha del que parecía un príncipe indio (tan real y asiático era todo lo que habia en torno de él), estaba un hombre, del que aun no hemos hablado, y que por su traje europeo, negro y cerrado, y en cuya botonadura estaba fija la cinta del oficial de la Legión de honor, hacía un contraste singular con el extranjero.

Sin embargo, al examinar cuidadosamente el traje del Radjah no hubiera parecido tan grande el contraste, porque se hubiera visto fija, en un pliegue de su traje blanco una roseta, semejante á la que decoraba el pecho del europeo.

Nadie sabía á ciencia cierta quiénes eran aquellos dos hombres que llegaban del país de los ensueños, y que por doquiera en el teatro, en el paseo, en el mismo palco ó en el mismo carruaje, se presentaban como iguales.

Hé aquí los rumores que corrían respecto á este punto.

El Radjah de las *Mil y una noches*, aquel extranjero, cuyo cortejo se parecía al del rey Salomón saliendo á recibir á la reina de Saba; aquel nabab, sobre el cual estaban asestados todos los lentes de todos los espectadores, y sobre todo, de todas las espectadoras, era, como hemos dicho, un hombre como de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, de ojos azules como esmaltados, de figura leal, abierta, franca, comunicativa como las de los indios de las montañas, de aire fácil y desenvuelto, con las maneras elegantes de los indios de las llanuras.

Decíase de él, que habiendo caído en desgracia del emperador Napoleón en 1812, á propósito de la oposición que se había permitido hacer en voz alta á la campaña de la Rusia, no queriendo permanecer inactivo al principio de su carrera; no queriendo, como Moreau ó Jomini, servir contra la Francia, había partido para la India, y había ofrecido sus servicios á Rundjet-Sing, quien de simple oficial se había hecho radjah ó maradjah, ó más sencillamente aún, rey absoluto de Lahore, de Pendjab, de Cachemira, y de toda la parte desconocida del Himalaya, limitada por el Indus y el Sutledge.

Presentado al general Allard, que mandaba la caballería

del Radjah, por el general Ventura, que mandaba la infantería, el nuevo emigrado que se decía maltés, y cuyo nombre se ignoraba, había sido llamado al instante por Rundjet-Sing al mando de la artillería, con el sueldo de cien mil francos anuales.

Pero no procedía de esto la inmensa fortuna de que gozaba. Una leyenda oriental le atribuía otro origen. Se refería que un día el rey de Lahore había venido á pasar en Pendjab revista á las tropas que mandaba el general maltés. Éste le había hecho erigir un trono magnífico puesto sobre un espléndido tapiz; trono desde el que el rey había podido ver las maravillosas evoluciones, en las que en menos de tres años el jefe de artillería había adiestrado las tropas colocadas bajo sus órdenes.

Terminada la revista, Rundjet-Sing aturdido con lo que acababa de ver, había querido doblar el suelo de su general de artillería; pero éste le había preguntado sonriendo, si en cambio de aquel espléndido aumento, que tal vez despertaría la envidia de los demás generales, le sería igual concederle la gracia que iba á pedirle.

Rundjet-Sing había inclinado la cabeza en señal de consentimiento.

Entonces el maltés le había pedido que le diese en propiedad el suelo cubierto con el tapiz sobre el que estaba el trono, es decir, un espacio de terreno de veinticinco pies cuadrados poco más ó menos.

El rey había accedido, sonriendo, á aquella demanda.

El tapiz cubría una mina de diamantes.

De modo que se decía, que el general de Rundjet-Sing, se había hecho tan rico, que hubiera podido pagar á su cuenta el ejército del Radjah, que constaba de treinta á treinta y cinco mil hombres

La leyenda indo-germánica añadía, que iban siete ú ocho años que estaba cerca del rey de Lahore, cuando un corso, antiguo oficial del emperador, había llegado á su vez cerca de Rundjet-Sing.

El Radjah acogía con ardor todo lo que procedía de Europa, y no había aguardado que el recién venido le pidiese un empleo. Había hecho que se le ofreciese una plaza, sea en sus ejércitos, sea en su administración. Pero el recién venido era portador de una suma asaz considerable, que se decía le había dado en Santa Elena el mismo emperador, y todo lo había rehusado.

Decíase además, que aquel recién venido, aquel corso, era el hombre de traje negro y cinta roja, de rostro pálido, bigotes negros y espesos y mirada profunda y penetrante, que estaba á la derecha del magnífico indiano, y que se hacía notar por su frente inquieta, como la nube que oculta el rayo, y por aquella actitud varonil y orgullosa, propia de los hombres que han combatido toda su vida por la misma idea.

Qué venían á hacer áquellos hombres á Europa? Decíase que á buscar enemigos á Inglaterra, porque Rundjet-Sing no aguardaba más que el apoyo de una potencia europea para sublevar toda la India.

Habíanse detenido en Viena para aguardar allí, según decían, al hijo del Radjad, joven príncipe de las más altas esperanzas, que había quedado convaliente en Alejandría.

Al llegar á la capital de Austria habían entregado á Mr. de Metternich sus cartas de recomendación, firmadas por el Radjah de Lahore, y el emperador de Austria les había recibido con la misma cordialidad y la misma pompa desplegada el año de 1819 para recibir á Aboul-Hassan-Khan, embajador de Persia.

Pertrechado con los presentes que el Radjah le había encargado que pusiese á los pies del emperador, y entre los que estaba su retrato encuadrado en una rica guarnición de piedra jade de China, tisú de seda y de cachemira, collares de perlas y de rubies, había hecho una entrada triunfal en la corte, y la puerta del palacio que el emperador le había designado para habitación, estaba sitiada por mañana, tarde y noche por los cortesanos enviados, por sus mujeres, sus hermanas ó sus hijas, con recomendación de apretar bastante tiernamente las manos del nabab, para hacer caer de ellas los diamantes, esmeraldas y zafiros que ellas arrojaban.

Y ahora espero que se comprenda por qué, dejando á un lado la parte pintoresca, el palco del enviado del Mahradjah de Lahore era el blanco de todas las miradas.

CAPÍTULO II.

ESPECTÁCULO INDIO.

Por el contrario de aquella multitud, que encontrado su objeto parecía no tener miradas más que para ellos, los dos amigos dejaban vagar las suyas por todos los palcos á la vez; aparentando no ocuparse en lo más mínimo de las nobles princesas que ocupaban la primera fila, ni de las bellas espectadoras que ocupaban los demás sitios, sino queriendo al parecer penetrar con los rayos de sus miradas la profundidad de los salones para buscar en ellos algún espectador ausente aún, ó tan bien oculto, que sus esfuerzos para descubrirle eran inútiles.

Á fuerza de intentar ver, dijo el indio á su compañero en el dialecto de Delhy, que los dos hablaban al parecer con la misma facilidad que los indígenas:

— Yo ya no veo aquí; mis ojos se turban. ¿Y vos, Gaetano, veis algo?

— No, respondió el hombre de traje negro; pero persona bien informada me ha asegurado, que visible ó invisible asistiría á esta representación.

— Tal vez esté enfermo.

— Con su voluntad de hierro, una indisposición, aun cuando fuera seria, no sería un impedimento para él; vendrá aquí esta noche aun cuando debiese venir en litera, y aun cuando tuviesen que llevarlo á su palco. En cuanto á mí, estoy seguro de que está ya aquí, y que asiste á la representación de incógnito, oculto en algún sitio de los más recónditos. ¿Cómo queréis que sin tomar parte en ella deje escapar esta representación, la última, según se asegura, que da una mujer que le concede á él lo que niega á todo el mundo?

— Tenéis razón, Gaetano, ó está ahí ó estará: ¿y habéis recibido hoy aún nuevas noticias acerca de la Rosa?

— Sí, general.

— ¿Conformes á las primeras?

— Más tranquilizadoras aún.

— ¿Le ama?

— Le adora.

— ¿Decís que sin interés?

— Mi querido general, creía que conociais las alemanas; se entregan, pero no se venden.

— Creía que era española, pero no alemana.

— Es decir, que en efecto, su madre era española,

¿pero qué prueba esto? que es orgullosa como una castellana, desinteresada como una alemana.

— ¿Habéis adquirido noticias acerca de la juventud de esa joven? me equivoco, de esa mujer?

— Sé toda una historia; pero extraña á lo que nos ocupa.

Su madre (ó tal vez la mujer que pasaba por su madre, porque ni la misma Rosa sabe nada de cierto en cuanto á este punto), mientras que la niña fué pequeñita, vivía sabe Dios cómo, dando pábulo á las murmuraciones, y tal vez haciendo otras cosas peores; pero Rosa, ya joven, comenzó á notar su maravillosa belleza, y pensó en sacar partido de ella.

Entonces fué cuando, para librarse de la suerte que la esperaba, huyó la niña; tenía once años; unióse á una tropa de gitanos, y aprendió todos los bailes españoles. Á los trece años hizo su primera salida en el teatro de Granada, pasó sucesivamente á los de Sevilla y Madrid; y por último, vino á Alemania, recomendada al empresario real por el embajador austriaco en España.

No os refiero su vida, ¿comprendéis, general? es sólo un sumario de los acontecimientos que la han compuesto.

— ¿Y en todo eso veis?...

— Un lado perfectamente digno, perfectamente noble, perfectamente lleno de abnegación.

— ¿En el que creéis que se puede fiar?

— En el que al menos me fiaría yo.

— Si vos os fiáis, comprenderéis que yo también me fiaré, Gaetano; ó más bien, que ya me he fiado, puesto que tengo en el bolsillo la carta escrita. Pero lo que pregunto es, si tendrá talento bastante para comprender la inmensidad de un proyecto como el nuestro.

— Las mujeres comprenden con el corazón, general; ella le ama; debe querer la gloria, la fama y la grandeza de su amante; así es que comprenderá.

— Pero como en medio de la vigilancia de que él es objeto, y que es tanto más rígida, cuanto que es más disimulada, ¿cómo comprendéis que se se deje penetrar hasta él á esa joven?

— Él tiene diez y seis años, general, y la vigilancia de la policía, por severa que sea, debe cerrar los ojos sobre ciertas cosas, respecto á un joven de diez y seis años, cuyas pasiones vivas y precoces, se dice que son las de un hombre de veinticinco. Por otra parte, no le ve más que en Schœnbrunn, donde es introducida por un jardinero del castillo, que pasa por su tío.

— Sí, á quien los dos niños creen tener á su devoción, y que según toda probabilidad, está á devoción de la policía.

— Es probable; pero no se necesitará más que recomendarles el más absoluto silencio.

— Ese es el objeto de la postdata de mi carta.

— Y como tengo un medio seguro de penetrar hasta él sin confiarme á nadie...

— ¿Estáis bien seguro de no perderos, aun en una noche oscura, en esos inmensos jardines de Schœnbrunn?

— He habitado en Schœnbrunn en 1809 con el emperador; además, tengo el plano que él mismo me ha dado en Santa Elena.

— Por otra parte, es preciso dejar algo al azar y á la Providencia, á Dios, dijo, cómo un hombre casi decidido el general.

— Pero en fin, ¿por qué no está aquí?

— En primer lugar, general, nada os dice que no está

el pobre niño cree que su pasión es desconocida, y no quiere denunciarla yendo al palco de los archiduques y dejando ver esas emociones que un corazón joven no es capaz de contener. Además que, como os he dicho, tal vez esté en el salón, pero oculto; en fin, como según se asegura no ama la música, y además, quiere dar sin duda á la bella Rosa la prueba de que viene sólo por ella, es posible, más que posible, probable, que deje pasar la ópera y no venga más que al baile.

— ¡ Ah ! Gaetano, eso podrá ser muy bien la verdad pura, como se dice allá abajo; á menos... á menos, sin embargo, que no esté enfermo, demasiado enfermo para venir.

— ¿ Volvéis aún á esa fatal idea ?

— Vuelvo á las ideas terribles, mi querido Gaetano; él tiene una complexión débil, y gasta la vida el desgraciado niño como un hombre robusto.

— Se exagera tal vez la debilidad de su salud, como se exageran sus excesos; véale yo de cerca solamente, y os diré lo que pienso de él. Tiene diez y seis años ó va á tenerlos dentro de un mes, como os decía hace un momento; pues bien, á esa edad, la savia sube, y es preciso que el arbusto arroje sus primeras hojas.

— Gaetano, recordad lo que nos decía anteayer su médico, vos me servíais de intérprete, ¿ no es verdad ? ; no lo habréis olvidado ! Pues bien, ¿ no os habéis asustado como yo de lo que nos ha referido de su fuerza de energía y de su debilidad de constitución ? ; Es una alta y débil caña, que al menor viento tiembla y dobla la cabeza ! ¡ Ah ! ; que no pueda yo llevarle conmigo allá abajo, á la India, y hacerle endurecer al sol, como esos bambús del Ganges que desafían á todos los huracanes !

En el momento en que el general decía estas palabras, el director de orquesta dió la señal de que principiase la abertura del *Don Juan*, de Mozart, esa obra maestra de la música alemana que los dos amigos escucharon sin pestañear, preocupados como estaban con la ausencia del personaje cuya aparición aguardaban con tanta impaciencia.

En verdad, que nada nuevo diremos al lector, manifestándole que el personaje que aguardaban, era aquel ilustre y desgraciado niño que había recibido en la cuna el título de rey de Roma, y al que por una patente de 22 de Julio de 1818 le había dado el emperador Francisco II el título de duque de Reichstadt, tomando este nombre tan profundamente histórico de una de las tierras que debían formar el heredamiento austriaco del heredero de Napoleón.

Era, pues, el duque de Reichstadt á quien aguardaban con tanta impaciencia el general indio y su amigo; y la joven sobre la que hacían reposar sus esperanzas, era la célebre Rosa Engel, la bella bailarina, por la que, como hemos visto al principio del capítulo precedente, estaba en conmoción toda la ciudad de Viena.

Concluido el *Don Juan* entre estrepitosos aplausos de la multitud, que á pesar del respeto que tiene á las obras maestras, sacrifica en general el pasado al presente, partieron de todos aquellos palcos silenciosos, durante la ópera, mil rumores confusos de conversaciones bastante semejantes al zumbido de las abejas, ó á la algarabía de los pájaros despertándose alegre y ruidosamente á los primeros albos de la mañana.

Duró el entreacto unos veinte minutos, y los dos extranjeros emplearon estos veinte minutos en inspeccionar de nuevo todos los palcos, unos después de otros.

Pero el joven príncipe no estaba evidentemente en ninguno de los palcos á que pasaban revista.

El director de orquesta dió la señal de abrir el baile, y después de algunas notas de preiudio se levantó el telón.

El teatro representaba los arrabales llenos de verdura de una ciudad india, con sus kioskos y sus pagodas, sus estatuas de Brahma, de Siva, de Ganesa, de Lachme, diosa de la bondad; en el fondo, las riberas de oro del Ganges centelleando bajo el azul oscuro del cielo.

Un coro de jóvenes vestidas de pies á cabeza con largas túnicas blancas, avanzó al escenario cantando un himno. hechicero, cuyo estribillo era:

Oum mani padmei, oum!
Heu! gemma lo tus heu!

Himno dirigido al diamante nenúfar, que conduce á los que le cantan, dicen los habitantes de Thibet, en línea recta al paraíso de Boudha.

Viendo los dos amigos la decoración asiática, escuchando aquella canción india que los pastores cantan por la tarde en coro al conducir los rebaños de cabras y de ovejas, reconocieron los dos amigos el baile que se iba á representar.

Era una imitación, mitad poema, mitad pantomima de la vieja pieza india del poeta Calidasa, de la que por entonces hemos tenido en Francia una traducción conocida con el nombre de *El Reconocimiento de Sacountala*.

Un joven poeta de Viena, al ver pasar el radiante cortejo del general indio, había tenido la delicada atención de hacerle (sólo un poeta lo haría) una recepción, recordándole, por temor de que los echase de menos, las canciones,

los trajes, los bailes, y el cielo azul de su hermoso país.

Conmoviéronse los dos amigos al mismo tiempo y se vieron confundidos con la solemnidad de que en cierto modo eran los héroes. En efecto, en el momento en que el coro, cantando la última estrofa del himno, se volvió hacia ellos como si aquella última frase les fuese dirigida, todas las miradas se dirigieron hacia su palco, y á pesar de la presencia de la familia imperial y de todos los príncipes alemanes, resonaron aplausos, que después de haberse olvidado de saludar al poder oficial, tan respetado en aquella época, en Viena sobre todo, fueron á saludar aquel poder poético de la riqueza y del misterio, tan fuerte por doquier y en todas épocas.

De repente se separó el círculo del coro, y como un ramillete en un vaso de alabastro se vieron aparecer las cambiantes telas de satín y brocado, de seda y oro de unas treinta ninfas, y en el centro, como la flor principal de un ramillete, excediendo en altura á las demás flores en toda la cabeza, y pareciendo abrirse á las miradas de los espectadores, la reina de las ninfas, la divinidad de la belleza y de la gracia, la flor encarnada en mujer, que se llamaba la señora Rosa Engel.

No hubo más que un grito unánime, un hurra inmenso, un aplauso universal, y del fondo de los palcos, de la orquesta, del mismo parterre, de todas las localidades, en fin, se lanzaron, como cohetes de un fuego artificial perlumado, mil ramilletes, que habiendo caído en derredor de las ninfas, cubrieron bien pronto el pavimento, é hicieron de la escena una estación del día de Corpus, una especie de altar brillante y embalsamado, cuyas sacerdotisas parecían las ninfas, pero cuya divinidad era verdadera é indudablemente Rosa Engel.

Cualquiera que ha viajado por Italia, conoce los aplausos prolongados, los bravos frenéticos, los gritos apasionados de la multitud por sus artistas más queridos: pues bien; no vacilamos en afirmar, que nunca ni en Milán, ni en Venecia, ni en Florencia, ni en Roma, ni aun en Nápoles se oyeron aclamaciones iguales más largas, más unánimes, más merecidas.

Desde aquel momento, espectáculo y espectadores, archiduques, príncipes, princesas, cortesanos, todo desapareció. Ya no hubo salón; ya no hubo teatro. Una colonia de dos mil personas vivió durante cinco horas confundida, sin distinción de rangos ni títulos, en los sitios encantados de la India.

Las dos horas que se habían pasado en contemplar el palco del general, habían preparado admirablemente á toda aquella multitud á viajar con él, y durante una hora, aquella fracción aristocrática é inteligente de la población de Viena, encerrada en el Teatro Imperial, se hizo india y estuvo pronta á prosternarse y adorar á la diosa Rosa Engel, que acababa de obrar aquella metamorfosis.

Cayó el telón en medio de los aplausos, y se volvió á levantar en medio de los gritos frenéticos de la multitud, pidiendo que se presentase la señora Rosa Engel.

La señora Rosa Engel reapareció.

Entonces ya no fué una lluvia, fué un chaparrón, un diluvio, una avalancha, una avenida de flores.

Ramilletes de todas formas, de todos tamaños, casi diremos de todos los países, porque algunos eran producto de los más ricos invernaderos de Viena, cayeron, pues, en derredor de la beneficiada, en cascadas perfumadas.

Pero, cosa extraña; en medio de aquellas maravillas de la flora universal, la única ofrenda que la bella Rosa Engel

parecía notar, el único ramillete que cogió con su blanca mano, fué un ramillete de violetas, en cuyo centro se desplegaba un botón de rosa blanco como la nieve.

Aquel ramillete era sin duda la ofrenda de un alma tímida, casi temerosa.

Aquella alma se ocultaba á la sombra como la violeta, y enviaba su perfume sin mostrar sus corolas.

La violeta representaba la timidez y la discreción: la rosa blanca, la pureza y el pudor.

Había evidentemente alianza entre el que enviaba el ramillete y la que lo recibía.

Esta fué al menos, según toda probabilidad, la opinión de la bella Rosa, porque cogiendo con precipitación aquel ramillete, como hemos dicho, lo levantó casi á la altura de sus labios, miró al palco, casi perdido en la bóveda, del que había caído, y dirigió á las flores una mirada de amor.

No pudiendo devorarlas con los labios, parecía abrasarlas con los ojos.

Los dos amigos habían seguido atentamente los menores detalles de toda aquella escena: sus ojos, como los de la bailarina, habían subido hasta el palco misterioso, y el general había cogido el brazo de su amigo en el momento en que la señora Rosa Engel casi había besado el ramillete.

— ¡Aquí está! había exclamado en francés y olvidando que podía ser oído el general indio.

— Sí, allí, en aquel palco, respondió el hombre del traje negro en dialecto de Lahore; pero por Dios, general, hablemos indio.

— Tenéis razón, Gaetano, dijo el general en el mismo lenguaje.

Y pasando su mano al bolsillo de su gran traje, añadió:

— Creo que es el momento de arrojar también nuestro nuzzer á la bella Rosa.

Se llama nuzzer en la India la ofrenda hecha por un inferior á un superior.

El nuzzer del general consistía en un saco de almizcle hecho de la piel misma del animal que lo produce, curiosidad asiática, rareza tibetina que se descubría por su perfume, y que atrajo hacia sí todas las miradas, fijas por un instante en el palco de donde había partido el ramillete de violetas.

Y en efecto, el general, soltando el brazalete de diamantes que le ceñía la muñeca, ciñó con él el saco de almizcle, y todo lo lanzó á la señora Engel, que no pudo contener un grito de sorpresa al ver brillar como un sol un río de diamantes de las más hermosas aguas.

CAPÍTULO III.

LO QUE CONTENÍA EL NAZZER DEL GENERAL INDIO.

Concluida la ceremonia, como se dice sencillamente en la leyenda de Marlborough, cada cual se fué á acostar, unos con sus mujeres y los otros solos.

No seguiremos ni á los unos ni á los otros; pero aprovechándonos siempre de nuestros derechos y privilegios de autor dramático, vamos á penetrar atrevidamente entre bastidores, y á través de las toscas tablas, ver lo que pasa en el cuarto de la señora Engel.

Por lo pronto, en la puerta aguardaban una multitud de príncipes, de electores, de margraves, de banqueros,

semejantes á cortesanos, haciendo antecámara á una reina.

La señora Rosa necesitaba tiempo para quitarse su traje de ninfa, su rojo y su blanquete, y ponerse su bata.

Aquella noche la espera se prolongaba mucho más allá del tiempo ordinario; resultaba de aquí que aquella multitud aristocrática, apiñada á la puerta de un estrecho cuarto, se sofocaba y principiaba á murmurar en el exterior, más cortésmente, es verdad, pero casi tan impacientemente en el fondo como la multitud popular.

Oyéronse pasos que se acercaban á la puerta, y la puerta se entreabrió en medio de un murmullo de satisfacción.

Peró por aquella puerta entreabierta pasó el fino hocico de una camarista francesa, la que dijo con esa facilidad de elocución que caracteriza á la honorable clase de las camaristas francesas en general, y de las camaristas de actrices en particular:

— Señores, la señora Rosa está desesperada por haceros aguardar tanto, pero está enferma y os suplica que si absolutamente queréis quedaros, la concedáis aún diez minutos de reposo.

Esta noticia produjo un verdadero hurra en la multitud.

Diez minutos en aquel estrecho espacio, privado del aire exterior, eran seguras una ó dos asfixias para los pulmones delicados de los diplomáticos, y otras tantas congestiones cerebrales para los espesos cerebros de los banqueros.

Se murmuró.

— ¡ Ah ! dijo la joven, creo que se murmura; señores, cogerlo ó dejarlo; cada cual es libre para quedarse, pero aun más libre es para marcharse.

— ¡ Bravo ! ¡ bravo ! dijeron muchas voces, afectando el acento francés.

— Concedemos los diez minutos, pero ni uno más, dijo un grueso banquero acostumbrado á no conceder espera á sus deudores.

— Está bien, está bien, dijo la doncella volviendo á cerrar la puerta, la señora está prevenida, y si necesita un minuto, dos, diez, no los pedirá, sino que se los tomará.

— Preciso es respirar, ¡ qué diablo !

Y dió la vuelta á la llave.

No era en verdad ni el deseo de reposo ni la necesidad de respirar lo que retardaba la entrada de la corte de Rosa, la recepción oficial de sus adoradores; la joven estaba vestida largo tiempo hacía; pero mirando el brazaete de diamantes que ceñía el saco de almizcle del indio, entreabriendo el saco mismo, había visto una carta, y el valor del saco precioso, unido á la originalidad del envío, había inspirado á la joven una viva curiosidad de saber lo que contenía la carta.

Entonces había desdoblado el billete, lo había leído, había quedado pensativa, lo había vuelto á leer, había parecido sumergirse en una distracción profunda, más profunda aún que la primera. Entonces, dirigiendo la última mirada á la firma, volvió á doblar la carta, la volvió á poner dentro de su sobre almizclado, y ató el nizzer del indio á su cintura. En seguida, como si quisiese gozar á su sabor de una dulce emoción, de que debiera distraerla la presencia de aquellos importunos, hizo decir á sus adoradores por el órgano de la señorita, su doncella, que le concediesen aún diez minutos para reposar y respirar.

En seguida, transcurridos aquellos diez minutos, llamó á su camarista y le ordenó que abriese la puerta.

Sonrió y encogió los hombros de compasión, al oír rugir á sus cortesanos al aproximarse la doncella, como al